



Anna Saroukou
Universidad de Jaén

Registrar la memoria: testimonios y territorialidad en los *Destinos errantes* de Andrea Jeftanovic y en las *Historias de aquí y de allá* de Luis Sepúlveda

Recording Memory: Testimony and Territoriality in Andrea Jeftanovic's *Destinos errantes* and in Luis Sepúlveda's *Historias de aquí y de allá*

Resumen

Los cuentos de Luis Sepúlveda (Chile, 1949–España, 2020) y las crónicas de Andrea Jeftanovic (Chile, 1970) —publicados, respectivamente, en *Historias de aquí y de allá* (2010) y *Destinos errantes* (2016)—reflejan aspectos del pasado de dos escritores que vivieron, en condiciones diferentes, el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 y los años de la dictadura de Augusto Pinochet. Aunque los autores no pertenecen a la misma generación, sus crónicas dan testimonio de vínculos comunes que conectan los territorios chilenos con zonas periféricas del poder, tanto dentro como fuera de América Latina. Ambas obras llevan las huellas y las cicatrices de una fractura social que separó el antes y el después de Chile, su pasado y su presente. Este estudio tiene como objetivo explorar el núcleo de estos textos, los registros y testimonios que contienen, para, en última instancia, reflexionar sobre el desplazamiento, el movimiento territorial y el poder simbólico de la cartografía literaria. Aborda cuestiones que van desde el trauma social y la memoria hasta el regreso a tierras que ya no son las mismas. Con base en las teorías de la espacialidad y la territorialidad, este análisis se centra estrictamente en el corpus de crónicas del campo literario. En conclusión, las perspectivas de los dos escritores al atravesar tiempos y lugares se convierten en una brújula que guía la investigación interdisciplinaria que registra las huellas del pasado y, al mismo tiempo, dialoga con la memoria histórica y la identidad social.

Palabras clave

Espacialidad, memoria, registros, Chile, crónicas literarias.

Abstract

Luis Sepúlveda's short stories (Chile, 1949–Spain 2020) and Andrea Jeftanovic's chronicles (Chile 1970)— published respectively in *Historias de aquí y de allá* (2010) and *Destinos errantes* (2016)—reflect aspects of the past of two writers who experienced, under different conditions, the September 11, 1973 coup d'état and the dictatorship years of Augusto Pinochet. Although the authors do not belong to the same generation, their chronicles testify to common bonds connecting Chilean territories with peripheral zones of power, both within and beyond Latin America. Both works bear the traces and scars of a social fracture that severed Chile's before and after, its past and present. This study aims to explore the core of these texts, the records and testimonies they contain, to ultimately reflect on displacement, territorial movement, and the symbolic power of literary cartography. It addresses questions extending from social trauma and memory to the return to lands that are no longer the same. Grounded in the theories of spatiality and territoriality, this analysis focuses strictly on the chronicle corpus within the literary field. In conclusion, the perspectives of the two writers as they traverse times and places become a compass that guides interdisciplinary research that records the traces of the past while simultaneously dialoguing with historical memory and social identity.

Keywords

Spatiality, memory, records, Chile, literary chronicles.

A modo de introducción

Escribir para modificar nuestros originales
Andrea Jeftanovic

Historias de aquí y de allá, de Luis Sepúlveda, y *Destinos errantes*, de Andrea Jeftanovic, son el resultado de los constantes trayectos de sus autores. Ambas obras cronísticas reflejan fragmentos de un trauma colectivo y un pasado signado por el golpe de Estado de 1973 y por los años dictatoriales que lo siguieron. Aunque sus narraciones transitan por diferentes espacios, llevan las huellas de esa ruptura que continúa articulando el pasado y el presente del país. A lo largo del análisis se destacan los lazos comunes que atraviesan sus escritos, así como las reflexiones y experiencias que han marcado su identidad, junto con los



movimientos, los regresos y el poder de la memoria, que reaparece en distintos tiempos y espacios. Los desplazamientos, los sueños y los viajes iniciáticos que realizan se convierten en los componentes sustantivos de sus escrituras. A partir de estos elementos, se abordan las dimensiones espaciales y territoriales, con el fin de elaborar diálogos interdisciplinarios. Por tanto, el reto se encuentra en la capacidad de pensar desde afuera: repensar lo *errante*, como sugiere el título de Jeftanovic, sumergirse en lo *aquí y de allá*, como propone el de Sepúlveda, y cruzar mundos y lugares cuyas historias se han visto condicionadas por procesos sociales y geopolíticos. Asimismo, supone adentrarse en las dinámicas que se construyen entre ellos y proyectar una apertura hacia un análisis que fomente una conversación entre el espacio y la memoria. En este sentido, el presente artículo propone una focalización que permite examinar la noción de la espacialidad, entendida como un concepto que trasciende las fronteras geográficas y sociales. A consecuencia de ello, se plantea un desafío en torno a una distinción de carácter teórico. Es decir, resulta necesario aclarar cómo entendemos el espacio a nivel geográfico, concebido como un lugar de acción y reacción, incluso en el registro literario, así como evaluar cómo estos conceptos se reconstruyen mutuamente. Por lo tanto, el artículo pretende abordar esta retroalimentación desde un enfoque multidisciplinario, articulado en torno a la multifocalización geocrítica introducida por Bertrand Westphal en *Geocriticism*.

Las obras examinadas funcionan como brújulas que permiten explorar los diversos aspectos de la realidad social y trazar cartografías literarias. A través de un análisis detallado, se intenta un acercamiento a espacios y territorios dentro y fuera de las fronteras chilenas: desde Hamburgo hasta Chile, de Chile a Sarajevo, y luego hacia Medio Oriente, Gijón, Nicaragua, Moscú, Estados Unidos e Inglaterra. De igual modo, en el espacio chileno se encuentran lugares como el Regimiento Tacna, la Casa Presidencial Tomás Moro, La Victoria, la Plaza Martín Luther King y el Palacio de La Moneda. La escritura y el anhelo exploratorio de ambos autores constituyen el inicio de una aventura hacia distintos territorios, a veces fronterizos, y hacia zonas lejanas pero íntimas. El desafío radica en poner en

relación elementos esenciales en torno al territorio y la memoria; sondear las conexiones que se originan, mirar al fondo las uniones y los pasos que atraviesan los autores, registrar los tránsitos e intentar reabrir un diálogo sobre la significación de los diversos puntos cartográficos. Este proceso implica preguntas que pueden formularse de la siguiente manera: ¿Qué significan estos lugares? ¿Cuál es el nuevo mapa que crean? ¿Cómo dialogan memoria y espacio?

Con base en esto, se formuló una hipótesis sobre la repetición de palabras o motivos presentes en ambas obras. Como resultado, la noción espacial se convirtió en el motor primordial del análisis. El espacio se sitúa en el centro como lugar de encuentro, desencuentro y acción, mientras que el territorio se erige como frontera, límite y expresión del poder. De este modo, las múltiples representaciones de ambos conceptos generan un tercer terreno en el que el valor de la memoria se revalúa y, en ocasiones, adquiere protagonismo.

Los autores y primeras huellas espaciales

Sepúlveda y Jeftanovic son autores que han encarnado, a través de sus vivencias personales, las resonancias de las transformaciones sociales tanto dentro como fuera del territorio chileno. Sin embargo, resulta pertinente señalar las diferencias significativas entre ellos. Sepúlveda nació y creció en un país democrático, participó en los sueños socialistas, formó parte del GAP¹ de Salvador Allende y experimentó el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 en su adultez. Debido a su actividad política y tras la instauración del régimen militar, fue encarcelado y posteriormente exiliado durante más de una década. Por su parte, Jeftanovic, perteneciente a la generación literaria de los hijos, nació en Santiago de Chile durante el gobierno de la Unidad Popular, pero creció bajo la dictadura.

¹ El acrónimo alude tanto a “Grupo de Amigos Personales” como a “Grupo de Amigos del Presidente”.

Además, ella se crió en una casa multicultural. Al ser entrevistada por Adriana Pacheco, contaba que proviene de una “familia [que] pertenece a ese grupo de inmigrantes que llegaron a Latinoamérica por situaciones de persecución, de guerra, y de hambre” (Jeftanovic 00:02:24). Como consecuencia, la experiencia del exilio llegó a ella a través de las narraciones de sus antecesores, quienes, tras huir de sus tierras natales, se asentaron en Chile, donde experimentaron el momento más trágico de la historia contemporánea del país (Castilleja y Bak 284).

Por consiguiente, el análisis de ambas obras revela puntos de encuentro que proyectan nuevos esquemas cartográficos, atravesados por una memoria marcada por las transiciones históricas y sociopolíticas. Asimismo, se plantean preguntas sobre cómo el espacio que habitamos y deshabitamos nos define y cómo estas voces narrativas interiorizan el mundo tanto dentro como fuera de las fronteras nacionales. Para abordar estas cuestiones que parten de un concepto espacial, es necesario recordar las palabras del académico Serra Aduara, quien sostiene que “el acercamiento al espacio desborda su carácter eminentemente material para atender a las impregnaciones que los lugares supuran a causa de las actividades humanas que allí se han llevado a cabo” (20). Así, el espacio se percibe como un conjunto de interacciones que lo configuran y son configuradas por las acciones que alberga; sujetos y escenario interactúan para construir o, en ciertos casos, deconstruir su entorno. En esta misma línea, Martínez Lorea, en el prólogo de *La producción del espacio* de Henri Lefebvre, señala que los fenómenos surgidos en un contexto social no están desligados del ámbito espacial. Al explicar el concepto desarrollado por Lefebvre, afirma que el espacio:

es el resultado de la acción social, de las prácticas, las relaciones, las experiencias sociales, pero a su vez es parte de ellas. Es soporte, pero también es campo de acción. No hay relaciones sociales sin espacio, de igual modo que no hay espacio sin relaciones sociales. (14)

Por lo tanto, esta investigación se orienta hacia una indagación crítica sobre las tierras que impone el corpus, revaluando los ecos textuales y sociales. Por esta razón, se analizan espacios específicos, entendidos como puntos de referencia de gran carga simbólica.

Las crónicas: la esencia de moverse y espejismos del pasado

Los relatos incluidos en las colecciones trabajadas se prestan a un análisis detallado. Por tanto, se ha considerado necesaria una selección de ellos que permita centrarse en elementos específicos. De *Historias de aquí y de allá* se han escogido cinco relatos: “Retrato de grupo con ausencia de fondo: un reportaje”, “Plataforma Larsen B”, “Chile, una semana de ruta. 30 de enero de 2009”, “La dura y tierna fragilidad de los héroes” y “Escucha, Chile... Ha muerto Katya Olevskaia”. De *Destinos errantes* se han elegido cuatro crónicas: “Sarajevo underground”, “El círculo íntimo palestino-israelí”, “Desde un estante del Medio Oriente” y “Pájaros de acero”. La elección se hizo a partir de criterios que afianzan los lazos, considerablemente comunes y dialógicos de las obras. Ambas narrativas son historias de encuentros y desencuentros. De habitar y deshabitar. De moverse, desplazarse, desorientarse y reencontrarse. Las crónicas trabajadas, consideradas un género híbrido, se proponen para una aproximación interdisciplinaria. Cada recorrido que aparece en ellas traza una línea personal que atestigua el contacto con lugares específicos y sus respectivas resonancias históricas y sociopolíticas. A través de las escrituras se inició una conversación sobre la función del giro espacial, la memoria y las experiencias tanto individuales como colectivas. Los escritores, aunque pertenecen a dos generaciones que experimentaron de distintas formas la quiebra de la democracia y el inicio de la dictadura, no escaparon a este trauma colectivo. El cargo de sus memorias y los desplazamientos continuos formaron

parte de su identidad. En sus obras hay descripciones de espacios que evocan una época y reflejan las diversas transformaciones experimentadas a lo largo de los años. Así que, para indagar en estos relatos se requiere retratar aquel periodo y el contexto sociopolítico que lo rodea. Alejandro Zambra afirma que “para explicar cualquier cosa en Chile tienes que ir a la dictadura” (De Querol). Las huellas de la dictadura no se limitan a un solo espacio, sino que se expanden dentro y fuera de las fronteras del país, junto con las experiencias de quienes las han vivido. Francisco Colomo González y Ángel Rivero señalan que “entendida como materialización política, la territorialidad representa el vínculo entre espacio, historia y poder” (8). Por este motivo, cabe repensar el espacio como un lugar de acción que testimonia lo ocurrido. Así, se propone considerarlo un pilar catalizador que ilumina las narraciones y las dota de significado. De este modo, sondear las referencias geográficas y tejer los ecos de los movimientos y los diversos traslados descritos en las crónicas nos recuerda lo que Karl Schlögel denomina unidad de acción, tiempo y lugar cuando uno se atreve a pensar y describir “en términos espaciales y locales” un proceso histórico (14). En particular, en el caso de Chile, resulta fundamental volver a aquel martes de 1973 que provocó una ruptura en el país y definió su porvenir. El momento de aquel cambio violento se caracterizó por el sonido de los ataques, los mandatos militares y la imagen de La Moneda bombardeada. El resultado fue un país en plena transformación: la instalación del régimen dictatorial, bombardeos, detenciones y desapariciones, torturas y una fractura no solo en el cuerpo social, sino también en el tiempo histórico. Bergson —citado por Paul Ricoeur— decía que “en el recuerdo puro, el acontecimiento evocado vuelve con su fecha” (Ricoeur 200). Lo ocurrido en Chile hace 53 años quedó inscrito en la conciencia histórica y social del país, cuya escena política fue marcada por las transformaciones económicas impuestas por el modelo neoliberal. Las operaciones militares y toda la crueldad que siguió tras el golpe de Estado “coincidió con una acción repentina y violenta, un encuentro o, mejor dicho, un desencuentro, entre cuerpos en movimiento, un choque, una ruptura material, la borradura de un imaginario que marcó un antes y un después” (Scarabelli 388). Tras

aquel acontecimiento, el espacio chileno experimentó una profunda metamorfosis y numerosos lugares se convirtieron en centros de detención, represión y tortura.

El espacio que soy, el espacio que ya no es

Las obras examinadas pueden leerse como trazos de un mapa geográfico que acompaña los diversos desplazamientos de sus escritores. Ambos libros se caracterizan por una estética errante y una fuerza exploratoria que se convierte en una herramienta sustancial de su trabajo. El viaje se comprende como práctica, el tránsito como ejercicio de memoria, la experiencia como indagación para entender y entenderse. A raíz de eso, surgen preguntas vinculadas al pasado dictatorial que todavía pesa: ¿qué nos cuentan los sitios incluidos en los libros? ¿Cuántas veces aparece la ciudad de Santiago o el país de Chile? ¿Al final se trata de una palabra o de un lugar?

La conexión entre espacio, identidad y escritura se destaca en los libros, aunque cada autor la expresa a través de su propia cosmovisión. Por una parte, Sepúlveda integra compromisos derivados de su militancia e ideología política; por otra, Jeftanovic utiliza el viaje como materia prima y registra destinos y entornos que la han condicionado, entre ellos la realidad dictatorial y su entorno familiar. Toda una mezcla de herencia cultural e histórica. Tanto en *Destinos errantes* como en *Historias de aquí y de allá*, la práctica de la escritura está vinculada a los itinerarios de los escritores. Ambos profundizan en la acción narrativa o narración, en palabras de Laura Scarabelli,² incorporando la experiencia y convirtiéndola luego en palabra. Los trayectos se presentan como una forma de

² Scarabelli en su artículo "Imagino, luego existo. Narr-acciones chilenas de cara al pasado" aborda que "en la narr-acción la escritura es praxis, gesto que pone las palabras en discurso, expansión de estas mismas palabras. Actuar en las palabras significa quebrar la ilusión de la autonomía del relato [...] el activismo de las palabras necesariamente implica formas de escritura referencial y abre a una contaminación entre los géneros, que se desdibujan: la novela se mueve hacia el testimonio, la autobiografía se superpone a la metatextualidad, el ensayo se noveliza" (386).

investigar y comprender las distintas antropogeografías. El viaje se percibe como una vivencia que nos reconstruye y nos aleja de nuestras certidumbres. Trata de cuestiones profundas y, a la vez, universales, de este nomadismo que, como expone Rosi Braidotti, corresponde a una condición existencial (26). De ahí resalta una necesidad casi imperativa; reconocer las líneas divisorias de espacios y tiempos, descifrarlas, sobrepasarlas y crear nuevos mapas y puntos de encuentro.

Aunque Jeftanovic y Sepúlveda se desplazan continuamente hacia otras tierras, al final, entre lo que relatan, Chile termina reapareciendo como un motivo recurrente, como una herencia o un trauma. Luis Sepúlveda afirmaba que “Todos los parques del mundo tienen algo de Praga y de Santiago” (43), mientras que Jeftanovic, en su recorrido por Sarajevo, volvió varias veces al paisaje chileno. “Curva, acantilado, vértigo. Sarajevo se parecía tanto a la geografía de Santiago: una ciudad con forma de cuenca, acordonada por montañas y un río que la divide en dos” (*Destinos* 12). Posteriormente, al enfrentarse a una escena que evidencia las huellas de la guerra, sus pensamientos vuelven a dirigirse hacia allá.

Me guió por los pasillos de la casa en la que han improvisado un modesto museo con fotografías y objetos. Seguí las paredes observando [...] Me mostró un plano de construcción, se detuvo en un recuerdo de Carabineros de Chile, y quedé en silencio porque ese emblema me provocó sentimientos encontrados. (16)

En sus relatos, los autores muestran una profunda ternura hacia la gente que quedó atrás. Hay siempre ese martes oscuro de 1973, hay sonidos de bombardeos, hay caídos y dolor. Sepúlveda habla de aquel día y se acuerda de sus compañeros “los frágiles héroes de La Moneda” (47),³ mientras Jeftanovic, una niña de tres años, en aquel momento, recuerda:

³ *Héroes frágiles* es también el título de una película de Emilio Pacull que trata lo sucedido.

Mi primera imagen mental: aviones sobrevolando el barrio y mis padres con los brazos doblados sobre la cabeza [...] No vivo cerca de La Moneda, vivo a unas cuadras de Tomás Moro, donde queda la casa de Salvador Allende. En el cielo hay cinco siluetas grises de aviones y un helicóptero que se proyectan como una bandada de pájaros. (*Destinos* 179)

Ambos escritores rinden homenaje a los perdidos, a los tantos derrotados que sufrieron atrocidades tras el golpe de Estado contra el gobierno legítimo de Salvador Allende. Sus escritos se dedican a la historia del país, una historia llena de desapariciones y ausencias. Entre las páginas y entre los tantos nombres aparecen el GAP⁴, Óscar Lagos Río⁵, Augusto Olivares, Pepe Carrasco,⁶ Mariela Bacciarini, el caso de los quemados, el del joven fotógrafo Rodrigo Rojas de Negri y el de Carmen Gloria Quintana. También se incluyen testimonios sobre lo sucedido con Peter Tormen, Sergio Tormen y Luis Guajardo⁷. Además, se incorporan referencias a lugares de dolor que posteriormente fueron reconocidos como espacios de memoria. Entre ellos, el “Regimiento Tejas Verdes” (Jęftanovic, *Destinos* 188), “sindicado como el principal laboratorio del terrorismo de Estado durante la dictadura” (“Regimiento Tejas Verdes”), el “Régimen Tacna” (Sepúlveda 46-7) y el “Londres 38” (Jęftanovic, *Destinos* 194). Continuamente, hay referencias a colaboradores del régimen, torturadores y personas de la policía secreta de Pinochet (DINA) con las que uno compartía vida, escuela o trabajo sin saberlo:

⁴ El GAP aparece en ambas obras.

⁵ Oscar Lagos Río fue “el más joven de los defensores del palacio” (*Historias de aquí y de allá* 47).

⁶ Los nombres de los Óscar Lagos Río, Augusto Olivares y Pepe Carrasco aparecen en las *Historias de aquí y de allá* (47, 93).

⁷ Los nombres de los Mariela Macciarini, Rodrigo Rojas de Negri, Carmen Gloria Quintana, Peter Tormen, Sergio Tormen y Luis Guajardo aparecen en *Destinos errantes* (189, 185, 192, 194-195).



Un apellido italiano que comenzaba con Or, como si anunciara el horror con una falta de ortografía. Un apoderado que vi en un par de ocasiones cuando fue a buscar a su hijo [...] El apellido Or... figuraba entre los nombres más mencionados en Tejas Verdes. Casi todos los sobrevivientes coincidían en su descripción [...] «Or» no era un funcionario medio, era el médico jefe encargado de diseñar los métodos de tortura en Tejas Verdes. (*Destinos* 188-9)

Sin embargo, más allá del miedo y la opresión, había una voz en la que las familias chilenas, opuestas al régimen, basaban sus esperanzas. Chile tuvo un aliado desde lejos. La Radio Moscú, con el programa «Escucha Chile» y la voz de Katya Olevskaia.⁸ Luis Sepúlveda tras saber de su muerte le dedicó a ella un relato:

En medio del miedo [...] alguien encendía una radio, buscaba en la banda de onda corta y, a muy bajo volumen, las compañeras y los compañeros se congregaban en torno al receptor para resistir, porque la resistencia a la dictadura se fraguó en tardes frías, en noches demasiado largas, ejerciendo el deber de la clandestinidad primaria que consistía en informarse, en saber quién y cuántos habían muerto o desaparecido. (89)

De igual modo, Jeftanovic describe una sensación familiar, llena de solidaridad, en los días más oscuros, cuando la voz de Katya Olevskaia era la reunión más sagrada. “En las noches, todos reunidos en el sofá del salón, sintonizábamos la radio con perillas hasta tomar la onda del dial distorsionada por el vuelo rasante de los helicópteros, y de pronto «Escucha Chile» se hacía espacio en la sala” (*Destinos* 183). El apoyo proveniente del otro lado del mundo transmitía la certeza de que alguien luchaba junto a ellos, llenando los hogares desesperados

⁸ En el reportaje de Yalile Uarac Graf leemos que “A través de Radio Moscú y con la colaboración de un sinnúmero de informantes, el programa Escucha Chile difunde noticias de lo ocurrido en el país y el extranjero, en cuatro horarios distintos durante casi diecisiete años, y de manera ininterrumpida” (Uarac Graf).

con una voz solidaria. En aquel momento el espacio se convertía en un lugar de refugio.

Cabe señalar que la instalación de la dictadura eliminó los espacios públicos e incluso restringió los espacios privados, puesto que expresarse libremente podía resultar peligroso debido a las redes que el régimen había tejido en todas partes. Todo estaba vigilado y las precauciones formaban parte de la vida diaria. La ciudad no era la misma. Los rostros no eran iguales. “En todos los sentidos, Santiago ha dejado de ser una ciudad pueblerina, como lo era todavía hasta 1973” (Moulian 125). Este cambio radical transformó no solo el cuerpo social, sino los espacios públicos y privados, hecho que se refleja en el siguiente fragmento: “Cuando visitaba cualquier casa de un compañero, con un rápido vistazo a la decoración sabía a «qué bando» pertenecía la familia. Bastaba un par de objetos para entender qué decir y qué callar en ese espacio [...] Porque Pinochet era una estética casera” (Jeftanovic, *Destinos* 190). Lo expresado remite a los planteamientos desarrollados por Pierre Bourdieu en *La Distinción*, particularmente a lo significativo de la estética y, sobre todo, cuando el sujeto que está en un espacio dirige su mirada “hacia el mundo social” (169).

Al destacar las secuelas sociopolíticas en el espacio chileno tras el golpe de Estado, cabe mencionar que la instauración del modelo capitalista neoliberal determinó las condiciones de vida de las personas, pero también transformó el paisaje natural que, hasta aquel momento, formaba parte de un espacio libre y de encuentros colectivos:

—Aquí tuvimos un parque. Una plaza. La hicimos los pobladores en muchos días de trabajo voluntario durante el gobierno del compañero Allende. Quedó preciosa [...] Parecía un jardín botánico en miniatura y daba gusto venir y quedarse por las tardes. Pero un día, después del golpe aparecieron los milicos con un bulldozer y la borrarón del mapa [...]



cubrieron el suelo de cemento [...] Ahí dentro metían a todos los hombres mayores de diez años durante los allanamientos. Creo que en Europa a estos lugares los llaman campos de concentración. (Sepúlveda 18)

Aunque no constituye una novedad manifestar que, en el marco de un estado capitalista —y con mayor intensidad dentro de un modelo neoliberal—, el espacio natural se convierte en una víctima más, aun así, resulta imprescindible reafirmarlo. Harvey plantea que “el capital se esfuerza por producir un paisaje geográfico favorable a su propia reproducción y subsiguiente evolución” (149). No cabe duda de que en las sociedades capitalistas las ganancias del mercado libre se priorizan, no obstante, en un ambiente dictatorial, como fue el caso de Chile, el objetivo era múltiple: servir al capital, controlar, oprimir y formular un modelo de poder a través del cual los sujetos permanecerían obedientes. El espacio fue el escaparate de la dictadura. Una imagen de orden, bien ilustrada, que servía para venderse en un mundo globalizado y para encubrir los crímenes bajo el disfraz del supuesto progreso económico. La nueva era bajo el régimen de Pinochet se representaba en los espacios, en el cuerpo social, en las conversaciones y en todos los aspectos de la cotidianidad. La realidad política y sus prácticas, totalmente enlazadas con el terreno espacial que en ocasiones se convertía en un espacio de tortura, reflejaban lo ocurrido. En palabras de Lefebvre, “el espacio social «incorpora» los actos sociales [...] el espacio social funciona —junto a su concepto— como instrumento de análisis de la sociedad” (93). Al vincular dicha noción teórica con el impacto que provoca a los sujetos, hay que girar hacia un esquema triangular que incluya espacio, identidad y memoria. Considerando lo expresado por Halbwachs, la memoria colectiva siempre avanza dentro de un marco espacial, dado que “el espacio es una realidad que dura [...] no comprenderíamos que pudiéramos recuperar el pasado si no lo conservase el medio social que nos rodea [...] en efecto no hay ningún grupo, ni ningún tipo de actividad colectiva, que no tenga alguna relación con un lugar, es decir, con una parte del espacio” (144). Por tanto, a la luz

del concepto propuesto por el filósofo francés, se observa que, aunque la memoria es sustancial, también lo es la noción de un espacio tangible.

Jeftanovic y Sepúlveda se mueven por tierras distintas y, a través de sus miradas, registran los territorios que recorren. Para ellos, el lugar no se limita a una designación nominal ni a una representación cartográfica en el mapa, sino que adquiere una dimensión simbólica y vivencial. Es experiencia, es conocimiento e interacción. Así que no hay duda de que el factor territorial, y más aún cuando se habla de un trabajo de campo, aporta mucho a la construcción de la memoria social, que también sigue ligada a la cuestión identitaria. Para referirse a lugares de guerra o a territorios conflictivos sometidos a ocupación, resulta indispensable examinar la cuestión del poder impuesto. Según Colom González, “la interpretación crítico-normativa de la espacialidad puede aportar nuevas perspectivas [...] Entendida como materialización política, la territorialidad representa el vínculo entre espacio, historia y poder” (8). Ninguno tiene experiencias que no estén vinculadas a su tierra ni a las memorias tejidas en torno a ella. La construcción múltiple pasa de lo personal a lo social y, a veces, se vuelve colectiva. Tal como se describe en el prólogo del libro *Hablan los hijos*:

un país es un relato. Un relato o varios relatos de la experiencia de morar en un espacio [...] El país de cada uno se halla en algún punto entre los grandes espacios [...] Territorios que se miden, dividen y delimitan para su apropiación a partir de nociones como trazado, horizonte, límite, espacio privado y espacio público. Una construcción que participa tanto de lo personal como de lo colectivo. (13)

Sepúlveda y Jeftanovic no dejaron de agregar diversos puntos y huellas al espacio, lo que generó una cartografía literaria que vale la pena examinar. Entre los numerosos sitios que aparecen en sus libros, Chile sigue en el centro, configura sus

narraciones y atraviesa sus obras. Así que, la escritura se ve como un ejercicio no solo de memoria sino de presencia, un registro que testigua el recorrido y lo visto. Además, aparecen motivos recurrentes: palabras específicas, destinos y nombres concretos.⁹ Particularmente, en *Destinos errantes*, la palabra “círculos”,¹⁰ el nombre de Salvador Allende y lugares como Sarajevo, Chile y Santiago aparecen repetidamente. De los relatos de *Historias de aquí y de allá*, destacan la palabra “exilio”, también el nombre de Salvador Allende, mientras que los tres lugares más mencionados son Chile, Santiago de Chile y La Victoria. Este proceso revela aspectos comunes y convergencias entre los autores. En este sentido, Van Dijk afirma que “nosotros podemos resaltar los significados de muchas maneras [...] por el orden de las palabras, el titular, la tematización, la repetición” (31). Y esta función no está vacía de sentido: significa, crea conceptos e insinúa lo que no se dice directamente.¹¹

Vistas estas repeticiones, junto con los varios recorridos que aparecen, podríamos hablar de la producción de una amplia cartografía literaria y de un panorama surgido a través del tránsito. Pensando en las palabras de Maldonado-Alemán, llegamos a la conclusión de que el mapa (y cada decisión que se toma para trazar, crear, recrear, transformar o renombrar un mapa) conlleva su propio significado. Aunque estos recorridos se articulan desde lo literario, el proceso de nombrar, ubicarse o desubicarse inscribe una presencia en el discurso público.

El mapa, en sus diferentes variantes, muestra una condición ambivalente [...] En vez de una reproducción fiel y objetiva de lo real, el mapa es, sobre todo, un producto cultural, un enunciado discursivo con una intención

⁹ Nos referimos siempre a las crónicas que se mencionan al inicio del artículo. Este registro incluye observaciones y resultados solo de esas, no representa la totalidad de cada uno de los libros.

¹⁰ La escritora utiliza frecuentemente esta palabra, sobre todo, para rastrear un círculo de recorridos y para hablar de círculos humanos.

¹¹ Según leemos en Michael Hoey [traducción de inglés, traducción mía]: “podemos asumir que la repetición a través de los límites del habla indica un deseo” (54). Y aunque él lo conecta con lo referido por otro hablante, fácilmente se puede aplicar en cuando al deseo de repetir y conectar a nivel semasiológico, de lo dicho y no dicho, de lo expresado a través de una repetición consciente o no.

persuasiva derivado de un contexto social, en el que se encuentra representada una visión específica del mundo. (28)

Así pues, la referencia a territorios concretos se considera una decisión esencial y casi existencial. Iluminar lugares que están o ya no están, insistir en nombrarlos y declarar presencia, aunque sea a través de un registro literario, se interpreta como un gesto simbólico y significativo.

(Re)Habitar a través de la memoria: De la frontera al registro

Habitar o registrar un espacio exige nuevas formas de pensar sobre el presente y el futuro, y aún más cuando se trata de espacios que han pasado por guerras, ocupaciones o dictaduras. Tanto Jeftanovic como Sepúlveda atraviesan caminos que les conducen a espacios liminales, zonas que obligan a repensar la problemática fronteriza. El desplazamiento rastrea lo narrado, tejiendo una narración que pone en cuestión la manera a través de la cual el sujeto mira lo que está dentro y fuera, pensando en sí mismo y en el otro:¹²

Las fronteras son la univocidad concebible. Separan dentro y fuera. Discurren entre aquende y allende [...] Le dicen a uno quién forma parte de él y quién no. Las fronteras son la más importante experiencia de espacio, al igual que su contrario, la ausencia de fronteras. Proclaman que aquí termina algo, que su contrario, que aquí empieza algo. (Schögel 138)

¹² Natxo Escandell García aborda que la “frontera es, etimológicamente, «aquello que hay enfrente». Nace, por tanto, por oposición «a los otros»” (14).

Ambos autores se adentran en lo ajeno, lo observan y, en parte, lo incorporan. Sepúlveda viajó al sur profundo, allí donde “en el año 2006 se iniciaron los trabajos para extraer petróleo en el Fin del Mundo [...] y ninguna compañía petrolera, ninguna, ha realizado un estudio independiente del impacto ambiental” (Sepúlveda 32). Jeftanovic viaja a zonas fronterizas del Medio Oriente, donde observa los puestos de control, los *check-points*, y los dobles estándares hacia la gente palestina. “Los miembros palestinos de PCFF¹³ tienen permisos especiales para cruzar con mayor fluidez los agobiantes puestos fronterizos, o *checkpoints*. Permisos para cruzar ida y vuelta, pero no para ser ciudadanos con los mismos derechos” (*Destinos* 147).

En ambas colecciones cronísticas la escritura traza territorios e itinerarios. La frontera se convierte en un límite que está allí solo para sobrepasarlo, conocerlo y conocerse más. Para Jeftanovic, cruzar la frontera es una forma de acercarse a las tierras de sus familiares. Para Sepúlveda, el mundo entero representaba una frontera que le separaba de su país, un obstáculo permanente durante catorce años que lo convirtió en un exiliado en movimiento constante. El espacio investido de una función testimonial configura una narrativa que oscila entre la evocación del pasado y la representación de un presente aún en transformación.

Las fronteras no son elementos inmutables ni en el espacio ni en el tiempo. Son instrumentos fundamentales [...] Aunque la Tierra sea una, el ser humano la ha transformado en una amalgama de construcciones sociales y nacionales con carga identitaria. (Escandell García 15)

La frontera representa formas políticas y conceptuales más amplias, que a veces constituyen límites impuestos por fuerzas hegemónicas. El cruce constante de sitios fronterizos confiere a los sujetos una visión diferenciada del mundo, reivindica la identidad de las personas y la memoria deja de ser un relato personal.

¹³ Se refiere al Foro Parents Circle Families Forum, PCFF (Jeftanovic, *Destinos* 139).

Resulta pertinente señalar que, más allá de las líneas divisorias, existen registros que conectan y conservan fragmentos de un encuentro compartido o de un imaginario colectivo. Así pues, podemos preguntarnos: ¿cómo ayuda un registro a construir una memoria que no sea solo personal? ¿Cómo puede la fotografía penetrar en las narrativas personales y, a partir de ellas, contribuir a la construcción de una memoria colectiva? Lo que se ha observado en ambos libros es que la fotografía aparece como dispositivo -visible o invisible- que empodera lo narrado y señala presencia o ausencia. Las fotografías abren una ventana y dialogan con el lector. La práctica de ver el texto y leer la imagen propone una nueva forma de sumergirnos en nosotros mismos y de pensar en cómo interpretamos lo que vemos o lo que se inscribe en nuestra mente. Westphal, en *Geocriticism*, amplía el espectro a través del cual concebimos las fotografías como instrumentos. Se refiere a un ámbito ajeno al entorno literario y al mismo tiempo ajeno o extranjero (*l'étranger*) para nosotros, de lo que conocemos o de lo que nos parece familiar. Explica que, para acercarnos a una interpretación más amplia, ha de pensar de manera epistemológica e interdisciplinaria (111). El crítico literario Daniel-Henri Pageaux añade a esta discusión el “cómo las imágenes emergentes generan nexos «entre un Yo en relación con un Otro y un Aquí en relación con un Allá»” (Westphal 111. Traducción mía). Los registros, como los fotográficos, refuerzan el carácter testimonial de una obra. En ambas narraciones esta herramienta reaparece como un elemento que atraviesa las palabras. “Conservo una foto. Estoy con mi padre, él con sus lentes de carey negro, parecidos a los de Allende y quizá a los todos los hombres de la época” (Jeftanovic 181). Estas memorias fragmentadas de la escritora describen una época pasada. Antes del 11 de septiembre, antes de la instalación de la dictadura. A lo largo de su obra, la fotografía vuelve a ser un recurso narrativo. Ella trabaja sus crónicas en clave híbrida, transformando la impresión personal en un registro capaz de establecer un diálogo que trasciende fronteras y barreras convencionales. Esta manera de reinventarse y relatar lo



sucedido inaugura una nueva forma de indagar en lo que hay ante nuestros ojos. Los cambios que experimentamos en un espacio específico se reflejan en la forma en que leemos los testimonios hoy en día. Según afirma Carolina Pizarro Cortés, el testimonio “más que un género híbrido, es un género omnívoro, que se apropia de distintos subgéneros literarios, de alcance acotado, para generar significaciones [...] asociadas a diferentes matrices de pensamiento” (23). El testimonio se transforma, al igual que la vida misma. Medio siglo después del golpe de Estado de 1973 sigue siendo imprescindible penetrar en las historias de quienes las vivieron. Las crónicas literarias, aquí trabajadas, tienen una función testimonial, pues nos permiten acceder a momentos que incidieron en los procesos históricos. Estos desafíos, en torno al testimonio, demandan un acercamiento que puede resumirse, otra vez, en las palabras de Pizarro Cortés: “como una práctica de carácter documental similar a la que desempeña una parte importante de la historiografía: consiste en dar cuenta, a través de una narración, de experiencias y sucesos reales con el fin de dotarlos de sentido” (32).

En contraste con Jeftanovic, Sepúlveda utiliza la fotografía como motivación primordial, pero no la incorpora como materia visual. Como relata, uno de sus motivos para volver a Chile fue la imagen de “un conjunto de infantiles rostros sonrientes. La primera vez que vi la fotografía de ese grupo de niños supe que jamás podría olvidarlos [...] la pureza de esos niños era lo único que me quedaba del Chile que conocí” (10). Cuando ya obtuvo el permiso de volver a Chile, lo hizo durante los últimos días del régimen, buscando aquellos mismos rostros junto con la fotografía del primer registro, Anna Petersen. Quiso rehacer aquella foto, quiso dar de nuevo presencia a esas caras que lo acompañaron en los años de su exilio. Sin embargo, los años dictatoriales convirtieron el país que conocía en otro, sus habitantes en otros. No encontró la inocencia que recordaba, aunque reunió ese grupo, pero totalmente aplastado por el paso dictatorial. El segundo registro se realizó en el mismo lugar, pero con ausencias:

Los niños se colocan en el mismo orden de la foto [...] Falta Marcos. Siempre faltará Marcos. Descubro que no podremos hablar del tiempo transcurrido entre una fotografía y otra, porque esta distancia, esos ocho años están ahí en el muro desnudo, en el espacio dejado por Marcos, asesinado a los quince años por robar comida, en el semblante de una niña que no quiere soñar, en ese niño que no quiere vivir, en el otro que ansía irse, mientras más lejos mejor, y en el pequeño Henry que se ve en un estadio lejano corriendo tras un balón [...] Antes de subir nuevamente la cámara, Anna busca un pañuelo y se limpia los ojos [...] Clic. Ya tenemos el segundo retrato de grupo con ausencia de fondo. (Sepúlveda 26)

En *Destinos errantes* la fotografía tiene una presencia material. El libro, visto como un gran archivo de narraciones, registros e itinerarios, enriquece lo expresado con la aportación visual. Se ven segmentos de vida: rostros, reuniones, mapas, cementerios y escombros. En *Historias de aquí y de allá*, no se ven, pero están presentes. En el parque que ha sido eliminado, en el paisaje amazónico, en los glaciares que no sobrevivirán, en los murales de la Brigada Ramona Parra.¹⁴

Últimas palabras

Destinos errantes e *Historias de aquí y de allá* han sido el vínculo para realizar un rastreo dentro y fuera de los límites del espacio chileno. El corpus examinado permitió una indagación epistemológica, un ejercicio literario que, junto con las teorías del giro espacial y de la geocrítica, puso de relieve la relación entre materialidad y memoria. El análisis del trabajo, a partir del complejo contexto

¹⁴ “Más allá, un grafiti descolorido hace un homenaje a John Lennon: «Imagínate una vida en paz». Un poco más tarde, vemos un mural de la Brigada Ramona Parra inspirado en versos de Neruda” (Sepúlveda 17).

histórico y sociocultural de Chile, puso de manifiesto la necesidad de hablar del poder de los géneros híbridos y de los diversos soportes que integran la literatura chilena actual. Siguiendo el hilo conceptual, se evidenció que la crónica posee un poder creativo que sienta las bases para un análisis crítico que parte del texto, pero luego se extiende a espacios que se ofrecen para un trabajo de campo. A raíz de eso, se intentó realizar un primer rastreo centrado en la persistencia y la repetición de palabras, de figuras históricas y de momentos críticos. Esto permitió evidenciar el carácter dialógico de las obras estudiadas, en relación con la memoria histórica y el trauma colectivo de un país que sufrió diecisiete años bajo un régimen dictatorial. Sin embargo, el factor espacial fue el protagonista del presente análisis. El desplazamiento y el tránsito fueron concebidos como formas potentes de construir o reconstruir identidades y de dar lugar a una reflexión en torno a conceptos que cuestionan quiénes somos nosotros, quiénes son los otros y el fundamento de esta división. Además, se consideró pertinente abordar el itinerario inverso realizado por cada autor. En el caso de Jeftanovic, todos los recorridos se iniciaron desde Chile y se dirigieron hacia fuera, mientras que, para Sepúlveda, a partir de su exilio, fue todo lo contrario: desde el mundo hacia Chile. En él se ve al exiliado; en ella, la profunda necesidad de conocer y atravesar los pasos de sus antecesores. No obstante, el trauma del golpe de 1973 y todo lo que siguió permanecieron como una herida abierta profundamente registrada en sus obras. Ambos autores fueron observadores de un mundo cambiante que sufrió las secuelas de la quiebra de la democracia en su país.

Se considera, por último, esencial abordar el hecho de que los resultados obtenidos demuestran que estas obras híbridas interactúan no solo con la historia misma, sino también con el contexto sociocultural y con los diversos destinos que han formado parte de sus trayectorias. En ambas escrituras hay una necesidad profunda que impulsa el yo narrativo. Hay el peso del pasado y la responsabilidad ante la memoria histórica. Tanto Jeftanovic como Sepúlveda atravesaron tierras y cruzaron fronteras que hicieron posible sus encuentros con los otros y, finalmente, con ellos mismos. Experimentaron las diferencias culturales, a la misma hora, muy

propias, y miraron directamente a las personas: los ciclistas, las víctimas de Lonquén, el grupo de niños, la figura de Salvador Allende. En lo que relatan intervienen lugares y tierras lejanos. Hay referencias a Sarajevo, España, Rusia, California, Tel Aviv, Nicaragua, Cisjordania, pero siempre aparece Chile. Sus historias, sus derrotas, sus cicatrices. Los escritores dejan que sus palabras, llenas de testimonios, interactúen con los registros de la memoria histórica y colectiva del país. Generan una narrativa cartográfica desde los márgenes. Ponen en la mesa territorios fronterizos que hoy en día cambian, incluso en términos geopolíticos; lugares que desaparecen y otros que aparecen.¹⁵ Así que, sus textos dialogan de una manera fascinante con tiempos y espacios, con la geografía humana y la geografía sociopolítica. Los autores entienden el viaje como una condición existencial que los transforma y penetra en sus escrituras. Al final, ambas lecturas ofrecen un panorama de un mundo en marcha y de una realidad que no deja de modificarse. Sus palabras dan visibilidad y presencia a una memoria que conversa con la actualidad y, finalmente, a una memoria que resiste, construyendo narraciones contrahegemónicas que hoy en día se imponen como necesarias tanto dentro como fuera del ámbito latinoamericano.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre. *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Taurus, 1998.
- Braidotti, Rosi. *Sujetos nómades*. Paidós, 2000.
- Castilleja, Diana y Laura Bak. “Andrea Jeftanovic: De los agujeros negros a la palabra”. *América sin Nombre*, no. 30, enero de 2024, pp. 280–299, <https://americasinnombre.ua.es/article/view/25806>.
- Colom González, Francisco y Ángel Rivero. “Introducción.” *El espacio político*.

¹⁵ “Cuando por fin pude viajar a Yugoslavia, Yugoslavia ya no existía” (Jeftanovic, *Destinos* 24). Más adelante también leemos: “El día 25 de junio de 1995, el Parlamento Croata (*Hrvatski Drazvni Sabor*) proclamaba la separación croata de Yugoslavia [...] A quince mil kilómetros de distancia, el Estadio Yugoslavo, ubicado en la comuna de Vitacura, se reinauguraba como Estadio Croata” (Jeftanovic, *Destinos* 35).

- Aproximaciones al giro espacial desde la teoría política*, editado por Francisco Colom y Ángel Rivero, pp. 7-18. Anthropos, 2015.
- De Querol, Ricardo. “Los niños de la represión chilena llenan los silencios.” *El País*, 13 de julio de 2015, https://elpais.com/cultura/2015/06/09/babelia/1433843677_532023.html.
- Escandell García, Natxo. *El arte de habitar la frontera. Mapas, identidades y conflictos en el mundo contemporáneo*. Barlin libros, 2025.
- Halbwachs, Maurice. *La memoria colectiva*. Pressas Universitarias de Zaragoza, 2004.
- Harvey, David. *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Traficantes de sueños, 2014.
- Hoey, Michael. *Patterns of Lexis in Text*. Oxford University Press, 1991.
- Jeftanovic, Andrea. “Andrea Jeftanovic Episodio 185, acercándonos a escritoras.” *Hablemos escritoras*, 16 de diciembre de 2020, <https://www.hablemosescritoras.com/posts/283>.
- _____. *Destinos errantes*. Editorial Comba, 2016.
- _____. et al. *Hablan los hijos. Discursos y estéticas de la perspectiva infantil en la literatura contemporánea*. Cuarto Propio, 2011.
- Lefebvre, Henri. *La producción del espacio*. Capitán Swing, 2013.
- Martínez Lorea, Ion. Prólogo en Henri Lefebvre, *La producción del espacio*, pp. 9-31, Capitán Swing, 2013.
- Moulián, Tomás. *Chile actual: anatomía de un mito*. LOM Ediciones, 1997.
- Pizarro Cortés, Carolina. “Formas narrativas del testimonio”. *Donde no habite el olvido. Herencia y transmisión del testimonio en Chile*, editado por Laura Scarabelli y Serena Cappellini, pp. 23–42. Ledizioni, 2017, <https://doi.org/10.4000/books.ledizioni.8319>.
- “Regimiento Tejas Verdes.” Memoria – *Ministerio de Bienes Nacionales*, memoria.bienes.cl/sitios/regimiento-tejas-verdes/. Consultado el 3 de septiembre de 2024.
- Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Scarabelli, Laura. “Imagino, luego existo. Narr-acciones chilenas de cara al pasado.” *Carto(corpo)grafías: Nuevo reparto de las voces en la narrativa de autoras latinoamericanas del siglo XXI*, editado por Fernanda Bustamante Escalona y Lorena Amaro Castro, pp. 383–403. Iberoamericana-Vervuert, 2024.
- Schlögel, Karl. *En el espacio leemos el tiempo: Sobre historia de la civilización y geopolítica*. Ediciones Siruela, S. A. 2007.
- Sepúlveda, Luis. *Historias de aquí y de allá*. La otra orilla, 2010.
- Serra Adsuara, Sergi. “En torno a la espacialidad: los espacios del libro y la lectura”. *Studia Iberica et Americana journal of Iberian and Latin American literary and cultural studies (SIBA), Monograph 5*, pp. 19–30, 2018, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=10183721>.
- Uarac Graf, Yalile. “‘Escucha Chile’, El programa de Radio Moscú que por 17 años informó al mundo de la dictadura y que inspira el documental

‘Mosca.’” *Interferencia*, 21 de marzo de 2022,
<https://interferencia.cl/articulos/escucha-chile-el-programa-de-radio-moscu-que-por-17-anos-informo-al-mundo-de-la-dictadura>.

Van Dijk, Teun A. “Política, ideología y discurso”. *Quórum Académico*, vol. 2, no. 2, julio-diciembre 2005, pp. 15–47.

Westphal, Bertrand. *Geocriticism: Real and fictional spaces*. Palgrave Macmillan, 2015.



Pitt Open
Library
Publishing

New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.

This journal is published by [Pitt Open Library Publishing](http://pittopenlibrarypublishing.com).

